

Jean-René Aymes

La Guerra de la
Independencia
(1808-1814):

calas y ensayos

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

EDICIONES DOCE CALLES

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Las noticias, asertos y opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor o autores. La editorial, por su parte, sólo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Catálogo General de Publicaciones Oficiales
<http://www.060.es>



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CIENCIA
E INNOVACIÓN



CSIC



**DOCE
CALLES**

Imagen de cubierta: *El rey de Brobdingnag y Gulliver*. Sátira contra Napoleón. Madrid, Biblioteca Nacional

© del texto: Jean-René Aymes

© de la presente edición: CSIC y Ediciones Doce Calles, S. L.

ISBN (CSIC): 978-84-00-08858-3

NIPO: 472-09-125-0

ISBN (Doce Calles): 978-84-9744-091-2

D.L.:

Composición y maquetación: Servicios Integrales de Edición Távara, S.L.

Impresión: Gráficas Muriel, S. A.

Encuadernación: Ramos, S. A.

Sumario

Prólogo de Alberto Gil Novales	9
Introducción	15
I. PRELIMINARES	19
Un antecedente: la «Guerra Gran» (1793-1795) como prefiguración de la «Guerra del Francés» (1808-1814).	21
II. LA GUERRA DE ESPAÑA VISTA DESDE FRANCIA	69
¿Serían propensos los franceses a invadir a España en los siglos XVIII y XIX?	71
La propaganda francesa sobre la intervención en España en 1808... ..	85
La guerra de España en la prensa imperial (1808-1814)	125
La guerrilla española en la literatura testimonial francesa	145
La Andalucía del Sureste en la correspondencia del mariscal Soult y las memorias de militares napoleónicos	165
III. LAS PALABRAS COMO ARMAS ARROJADIZAS CONTRA LOS INVASORES ..	193
Catecismos franceses de la Revolución y catecismos españoles de la Guerra de la Independencia: esbozo de comparación.	195
«Bárbaros» y «Barbarie» en los textos anti-franceses de la Guerra de la Independencia española (1808-1814)	225
¡Dios mío! ¡Cuán divertido es hacer y contar la guerra! (España 1808-1814)	249
IV. LOS CONFLICTOS IDEOLÓGICOS EN LA ESPAÑA PATRIÓTICA	275
La Guerra de la Independencia (1808-1814) y las postrimerías del Antiguo Régimen: ¿sucesión forzosa o sucesión abierta?	277
La literatura liberal en la Guerra de la Independencia: fluctuaciones y divergencias ideológico-semánticas en el empleo de los vocablos «Pueblo», «Patria» y «Nación»	307
La contraposición de los ideales políticos en la España de Blanco-White (1808-1814).	339
El vocabulario político de Blanco White y de Alcalá Galiano.	363
Un folleto de la primavera de 1814 en el centro del pensamiento absolutista	379
V. ACTORES Y VÍCTIMAS	393
Tres médicos franceses en las guerras de España (1793-1795 y 1808-1814): Percy, Larrey y Broussais	395
Un episodio de la Guerra de la Independencia (1808-1814): el fraile Concha entre la resistencia y el colaboracionismo.	419
Universidades, profesores y estudiantes españoles frente a la invasión napoleónica en 1808: elementos para una investigación comparativa	439
Los deportados españoles a Francia (1808-1814).	461

VI. ECOS E INTERPRETACIONES DEL CONFLICTO	475
Las repercusiones culturales de la «Guerra Gran» y de la «Guerra del Francés»: esbozo de una síntesis ordenada.	477
Los historiadores liberales españoles Napoleón, el conde de Toreno y Francisco Martínez de la Rosa.	513
La imagen de España en los escritos historiográficos de Jules Michelet y de Adolphe Thiers.	531
Bibliografía personal	553
Índice onomástico	559

Prólogo. Chevalier

Un chevalier qui allait d'un si bon pas

Hace años leía yo un libro, *Descartes par lui-même*, en el que figuraba la frase de mi título como encabezamiento o conclusión del ensayo introductorio. Esa frase compendia para mí una existencia consagrada a sacar al mundo de las turbulencias metafísicas del siglo XVII –y sin embargo, ahí estaba Cervantes, y también su Caballero– para conducirlo a las anchas avenidas de la Ilustración y de la libertad (la expresión en este caso corresponde a otro héroe de nuestra juventud, Salvador Allende). Aquí no sirve una traducción literal, a lo tontón. El caballero no necesita ir con buen paso, no necesita apresurarse, como tantos otros empeñados en alcanzar poltronas que no merecen. Va a su guisa, a su aire, ni despacio ni de prisa, pero sabiendo lo que hace. En la frase veía yo toda una trayectoria individual, símbolo de toda una época y, si me lo permiten, experimentaba un pequeño goce intelectual, porque en esa trayectoria iba implícito nuestro propio destino.

Ese era René Descartes, un caballero que había sabido andar a su aire. Todavía no habían entrado en mi horizonte las cosas del *Dasein*, que seguramente habrían contribuido a entenderlo. Para mí, era un francés que, para averiguar la verdad, había determinado proceder con método. Ahí es nada: lucha titánica, pero apaisada, amansada, antes de lanzarse a enseñar los bíceps románticos. Discursos hay muchos, gárrulos, rimbombantes, canoros, pero del método sólo uno, el de nuestro primer protagonista de hoy, Renato Descartes.

Pronto comprendí que la categoría del caballero, que iba con tan buen pie, aunque indiscutiblemente pertenece a Descartes, puede aplicarse también a otros ciudadanos, franceses o no, que en la esfera de su actividad, han sabido ser sí mismos, sin ensimismarse, han sabido proceder con método, lo cual quiere decir también con honestidad, sin que falte cierta picardía, para no incidir en una especie de cuaderna vía de los siglos XX y XXI.

Jean-René Aymes pertenece a la estirpe cartesiana del saber andar con buen pie. Acaso otros también, no lo discutiré, pero él desde luego. No es nuevo en esta plaza. Todavía me acuerdo de la impresión que nos produjo, es decir, no sólo a mí, su gran pequeño libro *La Guerra de la Independencia española*, París 1973. El libro fue enseguida traducido al castellano, Madrid 1975, por otro francés eminente, Pierre Malerbe, quien

había aprendido el español en Quito, en donde su padre había estado destinado. El dato biográfico nos dio de repente una sensación cósmica, muy lejos del mísero rincón en el que, gracias al franquismo, había transcurrido nuestra vida. Malerbe fue el primero en comprender la fecundidad del libro de Aymes, y en señalarlo en consecuencia. El autor ha sido fiel a su promesa de 1973. Eran los años finales de la Dictadura, y para la historia intelectual de España, y en especial, para la de las relaciones hispano-francesas, los años de los Coloquios de Pau que, bajo la égida o batuta de Manuel Tuñón de Lara, a muchos de los que a ellos concurrimos nos permitieron pensar en términos de futuro. Todos nosotros comenzamos a andar a nuestro aire, aprovechando acaso sin saberlo aquello de Antonio Machado. «Caminante / No hay camino / Se hace camino / Al andar».

Aymes se lanzó enseguida, desde entonces hasta hoy, a una enorme y exigente producción editorial, libros, artículos, ponencias en Coloquios y celebraciones, que asombran no sólo por su número, sino también por su categoría. No todos tratan únicamente de la Guerra de la Independencia, pero todos de una forma o de otra se relacionan con ella. No voy a enumerarlos todos, ni siquiera los voy a citar, porque me ahorra el esfuerzo la naturaleza múltiple del volumen que hoy prologamos.

Simplemente el índice de este libro nos da una especie de proyección Mercator del conjunto de la obra de nuestro autor.

Echemos un vistazo al primer trabajo de los que figuran en el libro. Previamente Jean René Aymes se ha provisto de un buen altímetro, y ha dispuesto su estrategia. Método en primer lugar. Va a medir dos gigantes, la guerra de 1793 y la de la Independencia, y se dispone a combatir los lugares comunes. Las relaciones que resulten entre uno y otro fenómeno serán producto de un conocimiento sólido de ambos, y no de un vago «me dijeron», «todo es igual, el tiempo no cuenta», etc. Pero también los lugares comunes podían tener cierta base, todo hay que revisarlo. Característico del método de nuestro autor es que no trata de imponer previamente su criterio, sino que lo va exponiendo poco a poco ante el lector, como en una lección de anatomía. Otro tema que subyace, aquí como en todos sus estudios hispanistas, es el de no querer ahondar con sus asertos la famosa y vieja enemistad entre españoles y franceses. Esto le honra, evidentemente, pero a mí me parece que hubiese lo que hubiese en aquella antigua rivalidad, hoy ha desaparecido, y sólo resurge esporádicamente ante las tonterías de algunos políticos o escritores de ultrapuertos. Que los famosos *finchados* no suelen estar en Portugal, y que a estas alturas del devenir humano se puede decir, casi como ejercicio ascético, que cada cual aguante su vela. Y además el fenómeno es recíproco: también por aquí tenemos tontos. Haríamos un buen negocio si los sacásemos a subasta.

Dicho esto, Aymes armado de lógica, parte de la base de que no es lo mismo la guerra contra la Convención y la guerra de la Independencia. Cierto. Se parecen en que las dos son guerras, cercanas en el tiempo, pero no con las mismas modalidades. Si las llamamos guerras es porque algo tienen en común. No lo tienen una guerra clásica, sea la que sea, y un taller de relojería, pongo por caso, aunque una y otra hayan servido a veces para medir el tiempo. Aymes dedica gran parte de su trabajo a demostrar las grandes diferencias que existen entre uno y otro conflicto. Inmediatamente cambia el tercio: ¿Los franceses se proponían con su guerra regenerar a los españoles? Así lo dijeron en 1793 y en 1808. La palabra «regeneración», muy viva en aquellas kalendas, es también muy peligrosa: lo que a mí se me ocurre, inocentemente, es que a nadie le gusta ser regenerado a cañonazos. Algo tan elemental no cabe sin embargo en algunas de las luminarias políticas del siglo XXI, que se pasan la vida matando gente, y luego se quejan de que no son suficientemente alabados. Aymes no se distrae con la barbarie de nuestra época, simplemente se da cuenta, y así lo dice, que esa famosa regeneración es instrumento de la propaganda francesa. Ya estamos en otro concepto clave, la propaganda, que justifica las acciones más viles, adormece por ello la conciencia del propagandista, y puede rebajar la resistencia del invadido, ya que escuchando bien al invasor, resulta que no es tan malo. Pero el instrumento propagandístico puede llegar hasta algo que se va a dar en la realidad, y tendrá su importancia, la convocatoria de Cortes. Astuta inteligencia, que a más de uno hará dudar. Pero aquí entraríamos en el tema de quién convoca, para qué, y en virtud de qué aspiraciones.

Aymes sabe que el máximo de la regeneración oculta otras realidades menos confesables. Objetivamente hay que decir que a Francia no le interesaba en 1793 una guerra en su frontera sur. Se llegó a la guerra, no obstante, y entonces Francia combatió al Antiguo Régimen también en nuestro suelo. No me parece que sea vituperable. Inmediatamente descubre Aymes otra constante —así la llama— de la política francesa en esos dos conflictos y más allá: la necesidad de contar con un aliado seguro al sur de los Pirineos, es decir, un poder no sometido a la Gran Bretaña. Menos confesables son las apetencias territoriales, en América, ya aparecidas en la Guerra de Sucesión, con el sueño de un Imperio francés americano, basado en el español, que la pérdida del Canadá truncó definitivamente; o en la propia Península, con Napoleón. En este contexto es importante la aparición de la guerrilla ya en 1793, y después en 1808. Teniendo en cuenta que Aymes ha sido uno de los primeros y más tenaces historiadores en plantearse el tema de la guerrilla, tenemos que subrayar su consideración a este respecto.

Y más porque al autor se pregunta si los españoles son enemigos de los franceses, diríamos por Metafísica, o en uno y otro conflicto actuaron por razones coyunturales. La guerrilla efectivamente en la respuesta, la aparente respuesta, pero siempre cabe pensar en términos



Familia Real de España. Donas Sculpt. Madrid, Biblioteca Nacional

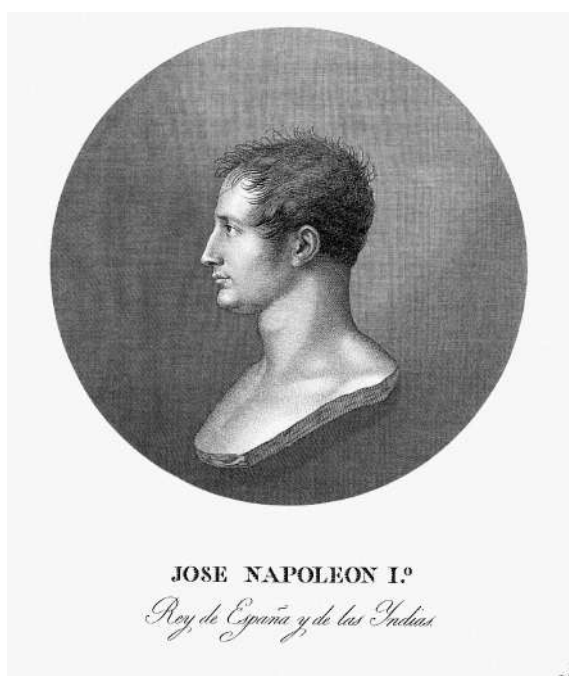


L'Esper de la postérité. Dibujado por Adolphe Roehn, Grabado por Adrian Godefroy. Madrid, Biblioteca Nacional





Fernando VII. Madrid, Biblioteca Nacional



José Napoleón I.º. Madrid, Biblioteca Nacional